

Escuchando más allá de las palabras

Una experiencia compartida por Patricia Ardón, JASS

Hace muchos años, cuando yo era muy joven, laboraba en una organización ubicada fuera de la ciudad capital en uno de los departamentos de Guatemala. Esta organización trabajaba con comunidades rurales e indígenas en la introducción de agua potable, y a la par llevaba a cabo procesos de educación popular para concientizar y fortalecer la participación de las comunidades en torno a estos procesos y otros que estaban sucediendo en el país. En ese marco se seleccionaron, junto con las comunidades, algunas en las cuales se harían procesos de introducción de agua potable, entre ellas una comunidad en la que se venía trabajando desde hacía tiempo. Había promotoras y promotores de la misma comunidad participando en esto.

Hicimos una serie de reuniones con liderazgos y gente de la comunidad a través de asambleas. Como solía suceder y sigue sucediendo en muchas comunidades, en las reuniones los hombres participaban mucho, pero las mujeres hablaban poco, salvo cuando se generaban espacios específicos de mujeres, lo cual era ocasional en ese entonces. También se realizaron encuestas llevadas a cabo por hombres y mujeres de la comunidad, aunque menos mujeres que hombres. Finalmente, después de meses de trabajo, se decidió que había condiciones para introducir tomas de agua domiciliarias. La premisa fue que poniendo tomas de agua en las casas se iba a beneficiar a las mujeres, ya que esto aminoraría su carga de trabajo, puesto que tenían que caminar hasta la pila pública o a veces incluso al río para poder recolectar el agua. En ese tiempo, el concepto de los impactos diferenciados de género era prácticamente desconocido para la mayoría de la gente, pero nosotras y nosotros ya habíamos atravesado por algunos procesos de formación básica y sensibilización sobre el tema.

Cuando se instalaron las tomas de agua, nuestra gran sorpresa fue que la mayoría de las mujeres no estaban contentas con esa modalidad. Empezamos a indagar más a fondo el porqué de esto, y nos dimos cuenta que las mujeres sentían que habían perdido el único lugar donde podían socializar entre ellas, conversar sobre lo que estaba pasando en sus vidas, lo que estaban atravesando con sus parejas, sus alegrías y sus penas, sus hijos e hijas, y sus familias. Su único lugar de convivencia e intercambio era la pila pública y a veces el río. Y además era el único espacio o uno de los muy pocos espacios donde tenían la posibilidad de intercambiar con otras mujeres fuera del control de sus parejas hombres. Y por supuesto, la mayoría de los hombres estaban muy contentos de que ellas no salieran, entre otras cosas porque cuando ellas salían se enteraban de cuestiones como las “infidelidades” de los hombres.

Esta experiencia me fue muy impactante y me marcó mucho. Me llevó a reflexionar más a fondo, por un lado, sobre cómo a veces nos dejamos llevar por lo aparente o de lo que es beneficioso o no para otros grupos de personas, y sobre la importancia de indagar sobre lo que hay detrás de lo que vemos y escuchar más allá de las palabras, sobre todo en las vidas de las mujeres. Por otro lado, me ha ayudado mucho a reflexionar sobre las distintas maneras en que aprendemos – a algunas nos sirve mucho la experiencia concreta o la observación; otras aprenden más a través del estudio, o de otras muchas maneras–.